

¡Odio, odio terrible, deseos insaciables de venganza, que era preciso satisfacer! . . . . Las pasiones más horrendas se agitaban en mi alma; las tinieblas del mal se agrupaban en torno mío, y al entornar los ojos percibía yo fulgores rojizos, relámpagos de sangre. Aborrecí la vida; maldije de ella; pedí la muerte; quise morir, morir, y no para escapar de mis enemigos, sino para libertarme de aquellas pasiones tempestuosas que entenebrecían mi espíritu y batallaban dentro de mí como legiones de irritados demonios. Pensé con alegría en la muerte. Dulce, amable, consoladora, surgió ante mis ojos como una doncella pálida, de rostro tristemente risueño . . . . Sin darme cuenta de lo que hacía yo, mis labios repetían estos versos de Leopardi, leídos, pocos días antes, en las notas de un libro francés:

*Solo aspettar sereno  
 Quel di ch'io pieghi addormentato il volto  
 Nel tuo virgineo seno.*



### XLIII

Entró la noche, llegó la hora de la cena, y tía Pepilla vino en busca mía.

—Muchacho: ¿qué tienes? ¿estás enfermo?

Tocóme en la frente y en las mejillas para ver si tenía yo calentura, y acariciándome dulcemente prosiguió.

—¿Qué te pasa? Dímelo, muchacho, dímelo . . . No hay en tu rostro la serenidad de siempre. Algo ha pasado que te apena . . . Tú padeces . . . ¡Habla, Rorró, habla por Dios! ¿Con quién has de quejarte si no es con nosotras?

—¡Nada, tía, nada! . . . He dormido toda la tarde, y la modorra me tiene así. ¡Vamos á la mesa!

Salté de la cama, ofrecí mi brazo á la anciana, y paso á paso nos dirigimos al comedor. Afectando la más alta corrección, como la de apues-

to caballero que asiste y corteja en un baile á gentilísima dama, bromeaba yo con mi tía:

—Señorita... ¡es vd. encantadora! Dígnese vd. escucharme. Ya no puedo, ni debo callar... ¡Amo á vd!... ¡La adoro!

La anciana reía, reía á su sabor, y contestaba á mis requiebros con frases entrecortadas, como si fuera presa de profunda emoción. Al entrar en el comedor, exclamó, deteniéndose y separándose de mí:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Eres atroz! Ni de muchacha, hice yo esto... ¡Suelta! ¡Suelta!

Al sentarme á la mesa oí la voz de Andrés el cual conversaba con la enferma. Hablaba de mí y de mi separación. No tardó en venir á charlar conmigo.

—¿Te vas, nó? ¿Cosa decidida?—me dijo ocupando su asiento.—¿Te vas? ¡Me alegre! ¡Me alegre! ¡Mejor! ¡No habías de pasarte lo mejor de la vida escribiendo papelotes en casa de don Juan. En la hacienda estarás muy bien; ganarás buen sueldo, porque ese señor sabe pagar á los que le sirven; vendrás á vernos cada quince días, y todos estaremos muy contentos.

Tía Pepa entraba y salía. En momentos en que no podía oírnos me dijo Andrés:

—Las señoras están muy tristes porque te vas, tan tristes que ni el sol las calienta. Pero no tengas cuidado; no tengas cuidado... Ya se les pasará la allicción.

Luego prosiguió en alta voz:

—Oye: ¿y tú no sabes montar á caballo, verdad? Ya me parece que te veo. ¡Qué figura! Como la del P. Solis cuando se va á la dominica... Mira: procura salir buen charro; tu papá se pintaba para eso, y les daba cartilla á muchos de esos que se la echan de buenos cuando no son más que unos *cachatetes*. ¡Cuidado, Rorró! ¡Cuidado, amito! No dejes mal puesto el pabellón! Aprende á sentarte bien en la silla; para que no parezcas colegial ó sacristán que va diciendo: «¡Para la misa de doce!»... Pon cuidado; te sientas á plomo, naturalmente, sin echarte ni para atrás ni para adelante; nada de estirar las piernas como un gringo, sueltas, sueltas... Ya veremos. Si lo haces mal me voy á reir de tí, y te harán burla las muchachas. Procura que si las obras son malas la facha sea buena. ¡Siquiera la facha! ¡Ya me imagino al charro! ¡Ja, ja, ja, ja!

El buen servidor gustaba de bromearse conmigo; se complacía en tratarme como á un niño en quien conviene apagar las llamaradas de una

vanidad jactanciosa. Acaso no cuadraban con el carácter de Andrés, grave, formal, modesto, casi adusto, ciertas genialidades y ligerezas del mío. Muy parlachín y comunicativo hasta los diez años, volvíme después huraño, reservadísimo y melancólico. Ya he dicho que la vida del Colegio, áspera, fría, monótona, entenebreció mi espíritu; ahora es bueno apuntar que la excesiva severidad de mis maestros, no siempre oportuna y añorada, me hizo desconfiado y receloso. Recelo y desconfianza inútiles y que nunca me salvaron del egoísmo y de las arterías de amigos y extraños. Me creía yo persona de experiencia, conocedor del mundo, y descubría á todos mi corazón, á nadie ocultaba yo mis sentimientos, y así era yo víctima de todos.

Confieso que el buen servidor con sus burlas y fisgas me hizo rabiar muchas veces. Hería mi vanidad en lo más vivo, lastimaba mi amor propio, y provocaba mi cólera. Sólo el cariño me hacía callar, que si nó, habría recibido de su *amigo* muy dura reprensión. ¡Pobrecillo! Le hubiera matado.

—Bueno;—me dijo ese día, al acabar la cena,—acompañame. Toma tu sombrero y vente conmigo. Tengo que decirte muchas cosas.

Caminando hacia el Barrio Alto, Andrés á la derecha, yo á la izquierda, conté al buen viejo cuanto me pasaba; los dichos de Castro Pérez, la hipócrita calumnia de Ricardo, y por último, le hablé de mis esperanzas.

—No te apenes;—me decía conmovido—no te apenes, que no hay para qué; eso es cosa diaria y corriente en Villaverde. Mira, yo podría estar muy bien en cualquiera parte; entiendo de tabaquería, y muchas veces han querido destinar-me... pero no, no quiero; en el tendajón estoy mejor; allí mando yo; y como Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como. ¿Crees tú que todos los amos son como tu padre y tu abuelo? No hagas caso de esos falsos testimonios; no, muchacho, no hagas caso de esas cosas; desprécialas, desprécialas, porque nadie ha de creer en ellas. Y vete, vete á Santa Clara, que allí estarás muy bien. Y, oye: ya que de eso hablamos: ¿tienes plata?

—¿Plata?

—Sí, ¿que si tienes dinero?

—¿Dinero? Para esta semana, y... nada más! Yo contaba con ganar algo en estos quince días... pero ya lo sabes... Castro Pérez me obligó...

—Hiciste bien. ¡Bien hecho! ¿De modo que necesitarás algo?

—La verdad. . . . sí!—respondí sonrojado.

—No te apures, Rorró. Mientras ganas en tu nuevo destino, no te apures. Además. . . creo que necesitas ropa para ir á la hacienda. No has de ir vestido de catrín. Ahora arreglaremos eso.

En esto llegamos á la tienda de *La Legalidad*. Andrés, abrió la puerta, me hizo pasar, encendió una lámpara, me dejó un rato, y volvió con un rollo de pesos.

—Toma, aquí tienes cuarenta grullos. Con esto basta para que te hagas dos trajes de charro, y para que te compres un sombrero jarano. La ropa. . . Mira: de dril. El dril es fresco, y se lava. El sombrero. . . sencillito. No quieras lujos. Para que la ropa salga buena, bien cortada, te recomiendo al sastre que vive aquí, á la vuelta, frente á la iglesia; trabaja bien y es baratero. Yo te daré una pistola para que vayas armado. ¿Entiendes de eso de armas? ¿No? Pues yo te enseñaré. Ahora, en cuanto á tus tías. . . yo me encargo de todo! Después te tocará á tí. Por ahora, déjame, déjame á mí! Y no vuelvas á pensar en esos chismes. Vete á la hacienda, ya verás. Luego que el señor Fernández te conozca te ha de que-

rer mucho, mucho, porque tú te lo mereces todo. Me das lástima; me da lástima que vayas á servir en casa ajena! Yo siempre le pedí á Dios que te librara de eso. . . . pero, ya lo ves, no hay remedio! Él dispone otra cosa.

Y esto me lo decía impulsándome á salir, y abriendo la puerta.

—Vete; ya es muy tarde. . . . Tengo que madrugar. . . . Mientras tú estás roncando. . . yo tengo que trabajar en el changarro.

Me despedí del buen anciano, y tomé calle arriba, hasta el cementerio de San Antonio. Subí la escalinata, y de codos en la verja me puse á contemplar la ciudad. La noche estaba obscura; negras nubes ocultaban el horizonte. Apenas se descubrían los picachos de la Sierra, dibujándose sobre un claro de cielo, en el cual centellaban con pálidos fulgores unas cuantas estrellas.

Mi pensamiento voló en busca de mi Angelina.





#### XLIV

Me levanté muy de mañana, y me pasé las primeras horas en el jardincillo. En los rosales, muy hermosos con su nuevo follaje, aun no brotaban los capullos; pero en el cuadro de *no me olvidés*, sembrado por Angelina, se abrían las primeras flores.

Había triunfado el amor de la pobre huérfana. Mis plantas, lánguidas y tristes, no florecerían en muchos meses, hasta fines de Abril ó principios de Mayo. Las de mi niña pronto estarían engalanadas con todos los primores de la próxima primavera.

De repente me sentí acometido de profunda tristeza. Contemplaba yo las cerúleas florecillas, frescas, lozanas, salpicadas de rocío, y pensaba

yo en lo efímero de las esperanzas del hombre. Acaso aquel amor que subyugaba mi alma, aquel sentimiento inefable que ennoblecía mi espíritu y dirigía mis pensamientos hacia los propósitos más nobles, sería pasajero como la vida de aquellas flores que no bien fueran arrancadas del tallo se doblarían pálidas y místicas. ¡Sería cierto que el amor de Angelina estaba destinado á vivir eternamente? ¿Sería verdad lo que me dijo la joven, que pronto la olvidaría?... No, que la amaba yo con todo mi corazón, con toda la energía de mi alma! Pero ¡ay! así amé á Matilde, y aun que no había muerto en mi memoria, y aun vivía en mí su recuerdo dulcísimo, ya no era ¡ay! para el pobre mancebo, que le había jurado amor eterno, el ángel benéfico que á todas partes le seguía, que señoreado de su espíritu fué luz en todas las tinieblas, rumor de fuente en la soledad, iris de bonanza que anuncia, á través del nublado, que la tormenta se aleja, que ha cesado la tempestad. No; Angelina vivía para mí, yo vivía para ella; la desgracia y el amor habían unido nuestras almas, almas hermanas, nacidas una para otra, creadas para formar una sola:

*«Dos almas con un mismo pensamiento  
Y palpitando acorde el corazón.»*

Sentado al pie de aquel naranjo, mudo testigo de nuestro amor, pensaba yo en Angelina, cuando llamaron á la puerta.

Presentí que alguien me traía noticias de mi amada y acudí presuroso. No me había engañado el corazón. Era el caballerango del P. Herrera.

—Aquí tiene vd. . . . —me dijo, sin bajarse del caballo,—esta cajita y estas cartas. Volveré mañana por la contestación. ¡Cartas de Angelina! Una para mis tías; otra para mí.

Corrí á mi cuarto y cerré la puerta. Deseaba estar solo, solo. . . .

“Ya comprenderás—me decía la niña—cuán grata fué tu carta para mí. ¡Qué ánsia! ¡Qué impaciencia! Toda la noche estuve pensando en la llegada del mozo; hasta que al fin me quedé dormida. ¡Soñé contigo! Soñé que estaba yo en Villaverde, en tu casa y cerca de tí. Tú leías y yo estaba pintando pétalos de rosa. De pronto cerraste el libro, lo pusiste en la mesa, y pasito á pasito te acercaste á mí, hasta reclinar te en el respaldo del sillón. . . . Entonces. . . . (como aquella noche ¿te acuerdas?) me dijiste quedito: «Angelina. . . . Angelina. . . . te amo!» Y desperté. Desperté llorosa y apenada, como si ya no

me quisieras, como si no hubiera de verte más. Pero ¿verdad que no me olvidas; verdad que á todas horas piensas en mí? ¿No es cierto que estoy siempre en tu memoria? La semana pasada salimos á pasear. La tarde estaba lindísima. . . . ¡Qué cielo! ¡Qué nubes! ¡Qué celajes! ¡Qué colores tan hermosos los del horizonte al ponerse el sol! Papá me dijo: «Muñeca: ¿quieres venir conmigo?» Le dije que sí. Salimos hasta el principio de la cuesta, y allí, en una sabanita, nos detuvimos. Abrió papá el breviario y se puso á rezar maitines. Yo me fuí á lo largo de una milpa. Crecen entre los surcos ciertas plantas que dan unas flores como margaritas, y yo corté muchas, muchas, tantas que ya no me cabían en el delantal; luego me senté en una roca, y, acordándome de un poema que tú me leíste, me entretuve en preguntar á las flores si me querías. Deshojé todas, y todas me decían, con el último pétalo, que me quieres. . . . ¡mucho! . . . ¡mucho! Ya no tengo ratos de tristeza, ya no. Estoy muy contenta y muy segura de tu cariño. Perdóname; perdóname si alguna vez he dudado de tu constancia y de tu fidelidad.

«Pero á todo esto no te he dicho cómo recibí tu carta. No pude ir hasta el rancho de los

Ocotes para encontrar al mozo y me conformé con aguardarle en el corredor. Yo esperaba que papá no estuviera presente, pero sí estuvo. ¡Qué miedo, Rorró! ¡Qué miedo! El mozo que llega, y papá que sale. El recibió el paquete, lo abrió, tomó sus cartas y me dió las mías, sin decir palabra. Después no me preguntó nada. Yo me apresuré á leer la carta de doña Pepita. ¡Qué larga se me hizo la velada! Al fin me ví sola en mi cuarto, y entonces leí, y releí, y volví á leer tu cartita. ¿Por qué eres tan perezoso, Rorró? ¿Por qué le escribes tan poquito á tu Linilla? ¡Seis plieguitos! ¿No es cierto que ahora será más? Si no es así, voy á castigarte. Y ya verás: una hojita. . . . y. . . . ¡será mucho!

«Te quiero con toda el alma, Rodolfo mío; no vivo más que para tí, y me duele mucho que me digas esas cosas tan tristes. ¿A qué hablar de la muerte cuando somos tan dichosos? Tú dices que la muerte debe ser deseada en los momentos de felicidad, y entonces más que en las horas de dolor. ¿Dónde has aprendido eso? Dime: ¿dónde? Tienes unas cosas muy raras. Hay en tí no sé qué muy lúgubre; cierta tristeza y cierto desconsuelo que no me gustan, que me hacen padecer, que me hacen llorar. No parece sino que

tienes poco amor á la vida. Pues óyeme: yo no pienso así, no. ¡Dios me libre de ello! La vida, por amarga que sea, es muy hermosa y amable; si tiene penas y dolores, tiene también dichas y alegrías, muchas, y yo quiero vivir, vivir para tí, mi Rorró; para ser dichosa si eres dichoso; para amar lo que tú ames y aborrecer lo que tú aborrezcas; para padecer si tú padeces, que en eso cifro mi dicha mayor. ¿No es verdad que tú no aborreces á nadie? No, estoy segura de ello. Rodolfo mío: es preciso que cambies de modo de pensar; que apartes de tí esas ideas tan raras y tan negras, y que ames la vida; que la ames como yo la amo, como un dón del cielo. ¿Dices que la vida no es más que dolor? No es cierto. Cuando dices que me amas, cuando recuerdas que eres amado, eres dichoso, y entonces amas la vida. ¿No te sientes feliz cuando haces algo bueno, cuando socorres á un necesitado, cuando enjugas una lágrima ó das una palabra de consuelo? Pues yo sí, y tú también, tú también, porque eres bueno. Por eso te quiero, por eso te amo!

«La última parte de tu cartita me dejó muy contenta de tí. Así te quiero, así te soñé, así debes ser siempre con tu Linilla.

«Tengo aquí en el corazón una cosa que me

apena, y quiero decírtela; pero me falta tiempo para escribir. Pablo ha de salir á las tres, son las doce y media, aun no he visto si la mesa está lista, y ya sabes que mi papá come á la una en punto; suena el reloj, y no bien acaba de dar la hora ya le tienes en el comedor; dando palmas y pidiendo la sopa.

«Pabló te entregará una cajita; en ella va un pañuelo; he bordado el monograma en los ratos desocupados. Dice papá que está muy bonito; le ha gustado mucho, y creo que á tí te parecerá lo mismo.

«Cuida mucho de tus tías, principalmente de doña Carmelita; mira que le gusta mucho que la mimen. ¿La ves así, que es tan seca y adusta? Pues sin cariño no puede vivir.

«Vive por tí y . . . sólo para tí, tu

LINILLA.»





XLV

Estuve escribiendo hasta después de media noche. A esa hora salí al patio y corté los ramos más lindos de *myosotis* para meterlos en mi carta y que llegaran á manos de Angelina.

«Ahí van—escribí—esas flores de color de cielo, tan amadas de mi Linilla. Son las primeras que brotaron en el cuadro que tú sembraste. Está lindísimo; parece llovido de chispas de zafiro. Me encanto mirándole y pensando en tí.

«Linilla mía: me has ganado la apuesta. Tus plantas han florecido antes que las mías; pero eso no es porque tú me quieras tanto como yo te quiero á tí. Las mías no dan ni esperanzas, pero ya florecerán, y se pondrán más hermosas que las tuyas, lo cual será prueba de que yo te amaré toda mi vida.

«He tenido un gran disgusto en estos últimos días; un disgusto que me ha causado gran pena. Bien vista la cosa no era para tanto, y acaso he pasado días muy amargos sin que hubiese motivo para ello. El día que nos veamos te contaré todo. ¿A qué perder el tiempo en referir cosas desagradables? No te pongas á cavilar en esto. Chismes villaverdinos... y nada más!

«Debo decirte que hace tres días me separé de la casa de don Juan. El doctor me ha conseguido un empleo, muy bueno, en la hacienda de Santa Clara, que, como tú sabes, es del Sr. Fernández, el papá de Gabrielita, tu compañera de Conferencia. Estuve en la casa de ese caballero que es muy buena persona; me recibió con mucha cortesía, como á un amigo, no como á empleado, nos arreglamos en un dos por tres, y el día 15 salgo para la hacienda. Yo siento mucho separarme de mis tías; pero, hija mía, no hay más remedio. ¡Qué hacer! No entiendo de campo, pero aprenderé; cosas más difíciles he aprendido. Me apena el pensar que voy á vivir lejos de tí, y que en mucho tiempo no he de verte, pues no me será posible ir á San Sebastián como se lo ofrecí á tu papá. Lo siento, lo siento mucho; pero, como tú comprenderás, no de-

bo perder la colocación que el pobre don Crisanto me ha buscado. Con lo que gane yo en Santa Clara habrá lo necesario en esta casa para que tía Pepilla no tenga que trabajar en sus flores, ni con la chiquillería. ¡Gracias á Dios! Voy á subvenir á todos los gastos de la casa, y acaso este destino será para tu Rorró el principio de una vida laboriosa, sí, muy laboriosa, pero bien retribuida. Ya te digo que no entiendo de cosas de campo; y que no sé de eso ni una jota. Aprenderé todo, aunque, según entiendo, mi ocupación estará en el escritorio. Procuraré ser útil y hasta necesario. Haré que el señor Fernández estime mi empeño y mi laboriosidad; y, si mis ilusiones no se malogran, este empleo será el medio más apropiado para conseguir la felicidad; es decir, para que pueda yo unir mi suerte á la tuya. No deseo más, no aspiro á otra cosa, y en ello cifro toda mi dicha.

«¿Por qué me echas en cara mis tristezas y melancolías? Piensa que he sido muy desgraciado, y que padezco de murrias y fastidios. Tienes razón: la vida es amable; amabilísima, á pesar de que el dolor, inherente á la naturaleza humana, nos persigue por todas partes y á todas horas. Tienes razón: cuando el hombre ama y es amado la

vida es amable. Hacemos mal en aborrecerla; si la empleáramos en hacer el bien, en aliviar los dolores ajenos, en consolar al triste y socorrer al necesitado, no pensaríamos que la vida es dura y que mejor sería no tenerla. ¡Perdóname, Linilla mía, perdóname! Es cierto que mi carácter es un poco sombrío y taciturno; lo conozco y no puedo remediarlo. ¡Qué quieres! Así soy, así me he vuelto en estos últimos años, y aunque tu amor y tu cariño alegran mi existencia; aunque tú eres para mi alma desmayada luz y regocijo, en ciertos momentos se entenebrece mi alma y me complazco en aumentar mi pena, hundiéndome voluntariamente en la tristeza. Sé tú mi redentora; disipa esas tinieblas que suelen nublar mi alma, y torna en plácida aurora las noches de mi espíritu.

«Tienes razón: la vida es amable; debo amar la vida como un dón del cielo; debo amarla para hacer el bien, y . . . para amarte mucho, mucho como tú mereces ser amada!

«¿Me dices que las margaritas de los maizales te han dicho que te amo? No te han engañado como á la heroína del poema. Sí; te amo, te amo Linilla mía! Yo no consulto eso con las flores que suelen ser engañosas y lagoterías, sino con mi corazón que es todo tuyo.

«Imagínate un hombre que hubiera vivido muchos años en la obscuridad de un calabozo, y que de pronto, cuando tenía perdida toda esperanza de libertad, le sacaran á la luz. ¡Cómo amaría la claridad del cielo, los celajes voladores, los horizontes límpidos y serenos! Pues así te amo yo, así, ni más ni menos!

«Sé justa. ¿No es verdad que ese hombre recordaría con placer, acaso con incomparable alegría, las sombras del calabozo en que vivió tantos años? ¿No es cierto que algunas veces suspiraría amorosamente al recordar su prisión, el estrecho recinto que fué para él casa, patria y mundo? Pues así vuelven á mí las tristezas y melancolías de ayer, cuando aun no me amabas, cuando la luz de tu cariño no iluminaba mi alma. A las veces no creo, no puedo creer que me amas, que te amo, y que soy dichoso. Así te explicarás eso que tú llamas «cosas mías muy raras.» Así te explicarás esa lúgubre tristeza, ese desconsuelo que has observado en mí, y que te hace padecer. Imploro tu perdón, Linilla mía. Perdóname; no volveré á pensar en eso, y si pienso en esas cosas no te las diré. ¿No es verdad que me perdonas? ¿Verdad que sí?

«El pañuelo está lindísimo; el monograma es soberbio, muy elegante, y muy sencillo, como dibujado y bordado por tí. Saluda á tu papá, si crees oportuno hacerlo, de modo que no sospeche nuestros amores. Acaso no los apruebe, y sea el recuerdo mío motivo de disgusto para tí y para él.

«Ya me dirás eso que te apena, Linilla. Linilla mía, dime: ¿tienes secretos para mí? Dímelo, dímelo. Ya me imagino lo que es: alguna niña ría. . . »

«No dirás ahora que no te escribo como tú deseas. El día que tú no me escribas como sabes hacerlo, yo, á mi vez, te he de castigar, y ¡pobre de tí!

«¡Adiós, bien mío!

RODOLFO.»




## XLVI

Rara vez salía yo de casa, y sólo para visitar á don Román. Me pasaba yo la mañana en mi cuarto, y la tarde en el jardincillo, entregado á mis poetas favoritos.

—¿Qué libro lees ahora?—solía preguntarme el *pomposísimo*, cuando iba yo á verle.—¿Lamar-tine? ¿Victor Hugo? ¿Novelitas de Dumas?

Contestaba yo afirmativamente, y el buen anciano hacía un gesto, gruñía, y agregaba mohino:

—¡Uf! No, niño; no pierdas el tiempo. ¡Los clásicos! ¡Los grandes autores del siglo de Augusto! Virgilio. . . ¡el dulce Virgilio! Horacio. . . Y si no tienes muy firmes tus latines, los clásicos españoles. . . Fr. Luis de León, Herrera. . . Déjate de los románticos; son intemperantes y

monstruosos... ¿Qué ha dicho Víctor Hugo que no esté superado por los poetas latinos? ¿En qué han sobrepujado él y tu Zorrilla, tú gran Zorrilla á Lope y á Calderón? Vamos, muchacho, ¿quieres tener buen gusto? Pues deja de la mano esos mamarrachos. Si tú, á quien yo inicié en las grandes bellezas de la literatura clásica, gustas de las novedades esas, ¿qué harán los discípulos de Venegas y Ocaña? ¡Así anda todo! ¡Así andan las letras patrias!... ¡Por eso ya no hay Carpio ni Pesados!

Pero yo no escuchaba los consejos de don Román, y repasaba las páginas más elocuentes de Chateaubriand, los versos más dulces de Lamartine, y me aprendí de memoria las mejores escenas del *Hernani*, en una colección de comedias traducidas por no sé quién. Aun recuerdo algo del célebre drama romántico, aquello de doña Sotomayor á Carlos V:

—«*Callad, que me avergonzais...!*  
*Don Carlos, entre los dos*  
*todo amorio es locura...!*  
*Mi padre su sangre pura*  
*vertió en la guerra por vos,*  
*y yo, que airada os escucho,*

*soy, pese á furor tan loco,*  
*para esposa vuestra, poco,*  
*para dama vuestra, mucho!»*

Desdeñaba los libros clásicos, y me engolfaba en el piélagos anchuroso de la literatura romántica. Andrés compró cierto día, en su tienda de *La Legalidad*, un tercio de papeles viejos, entre los cuales hallé folletines, libros, folletos, entregas, y tomos de *La Cruz*, que me apresuré á recoger. Entonces leí buena parte de *El Fistol del Diablo*; devoré las novelitas de Florencio del Castillo, y en dos días me eché al colectivo los dos tomos de *La Guerra de Treinta Años*, de Fernando Orozco, el más intencionado de nuestros novelistas.

¡Qué impresión tan penosa me causó ese libro! Me llenó de tristeza, y lastimó cruelmente mi corazón. No pude más: tiré el volumen, cogí el sombrero, y me lancé á la calle.

Hermosa tarde primaveral, dorada, luminosa... Me dirigí hacia la colina, y subí hasta mi sitio predilecto.

El cielo sin nubes ni celajes parecía una bóveda de cristal cerúleo. Las arboledas, frescas y reverdecidas, hacían gala de su flamante veste, y en las dehesas y en los collados flotaba una mis-

teriosa claridad rosada. Medio valle gozaba aún de los últimos esplendores del día, y allá detrás de la iglesia de San Juan, á espaldas de un molino, medio escondido entre los platanares y los *izotes*, en la curva más ancha y despejada del Pedregoso, los últimos rayos del sol trazaban una estela de plata, que partía de un foco esplendoroso, cuyas poderosas irradiaciones lastimaron mis pupilas.

La ciudad estaba como envuelta en una gasa de oro, y hacia el Oriente se perfilaban las cimas de los montes, el pico de los Otates, y los crestones de Mata Espesa, sobre un fondo verdoso de suaves tintas opalinas. Del lado del Poniente fingían las nubes ardiente cordillera, un abismo de llamas, entre las cuales se ocultaba el sol. En Villaverde, lo mismo que en Pluviosilla, esos crepúsculos de fuego son anuncio seguro de caluroso día; anuncian el *sur*, el viento abrasador que caldea la atmósfera y calcina la tierra.

Llegaban hasta mi las voces de los transeúntes que atravesaban la Alameda, ó iban á lo largo del ancho camino carretero orillado de fresnos.

El grato vientecillo nocturno acariciaba mi frente con sus perfumados besos.

Aun brillaban en la Sierra los últimos reflejos

del día, y mientras subían del valle los mil rumores de la naturaleza adormecida, las voces del río y el canto de los pájaros, me puse á contemplar el magnífico cuadro que tenía yo delante.

Las sombras invadían poco á poco la ciudad. Bajaban de las montañas; surgían de los barrancos; salían de los bosques; corrían por las llanuras, y se precipitaban en tropel por los *callejones*. Tímidas y cautelosas se detenían allí, un instante nada más, y luego avanzaban presurosas hacia la plaza. Brilló en el río la última ráfaga de luz; la verdosa claridad del aire se tornó en un vago reflejo de color de violeta, ennegrecióse el valle, y llegó la noche.

—«Así,—pensaba yo,—asi se van las alegres ilusiones, así se desvanecen las más risueñas esperanzas: La vida es un perpetuo dolor. Lo pasado nos entristece con el recuerdo del bien perdido; en lo presente no encontramos la dicha; lo porvenir nos llena de espanto. . . .»

«¿Será cierto que el dolor es el triste patrimonio de la mísera humanidad? ¿Será cierto que no es posible la realización de nuestros más nobles deseos? Malógrese norabuena los planes del malvado; disípense como la niebla los proyectos del perverso; pero ¿por qué han de ser inútiles y va-

nos todos los pensamientos generosos, todas las desinteresadas aspiraciones de la juventud? ¿Será cierto que la maldad nos acecha por todas partes? ¿Será verdad que el vicio se disfraza con el blanco traje de la virtud, y que la flor más bella está comida de gusanos? ¿Si es una verdadera miseria vivir en la tierra, no es mejor morir cuando no hemos probado aún las amarguras de la vida?»

«Me dí á pensar en mi suerte. Me vi solo en el mundo, sin padres, sin parientes, sin amigos. ¿Quienes me amaban? Dos ancianas que estaban, sin duda, á orillas del sepulcro; un pobre médico, rendido al peso de los años; un buen servidor; un maestro de escuela, enfermo y miserable; una niña desgraciada, huérfana, condenada á padecer. La desdicha y el infortunio nos habían juntado, y serían siempre nuestros compañeros. . . .»

«A veces me sentía dichoso, feliz; aleteaban en mi alma las mariposillas de la ilusión; me sonreía la esperanza, y soñaba yo con auroras primaverales y venturosos días. Y ¿qué era todo eso? Delirios, fantasías, locuras de muchacho que no sabe nada de la vida. ¡Ah! Si me fuera dable matar en mí esta voluntad, siempre activa, siempre inquieta. . . . No buscar la felicidad, huir del dolor. . . .»

Entregado á estas ideas pasé largo rato, cerrados los ojos, de codos en la roca, oculto el rostro entre las manos. Había oscurecido y era preciso volver á la ciudad. El caserío estaba iluminado y el firmamento tachonado de luceros. Un fulgor de plata inundaba el horizonte, y allá, tras los picachos de la Sierra, surgía la luna llena, espléndida y magnífica.





## XLVII

A las cuatro de la tarde ya todo estaba listo. Tía Pepilla arregló mi petaca en dos por fíes, y concluida la faena me dijo cariñosamente, echándome los brazos:

—Rorró..... ¿no vas á despedirte de tus amigos?

—¿Amigos?

—Sí; el Doctor, tu maestro, Ricárdito Tejeda..

—Si, iré, es natural.... tiene vd. razón. Pero no veré á Ricardo....

—¿Por qué, Rodolfo? Te quiere mucho..... desde niños fueron amiguitos. Si tú vieras.... cuando estabas en el Colegio, siempre que venía á vacaciones, ó de paseo, no dejaba de visitarnos. Y nos decía: «Doña Pepita: yo quiero mucho á Rorró, mucho; somos muy buenos amigos; siempre andamos juntos. ¿Necesita algo? Yo se

lo doy. ¿Yo lo necesito? Él me lo dá. ¡Como dos hermanos!

—Pero, tía: ¿no ve vd. que no viene á verme, ni me busca? ¿Cuántas veces ha venido?

—Sí; eso es cierto; pero la verdad es que no ha estado aquí. Su mamá me dijo que en Plaviosilla tiene unos parientes con quienes ha pasado todo el mes. Vas á visitarlo. . . . ¡Antes tan amigos. . . . y ahora. . . .! Mira, vas; irás porque yo te lo ruego. Sus padres han sido muy buenos con nosotros. ¿Verdad que irás?

—Tía: ¿para qué he de mentir? Nó.

—¿Por qué, dime, por qué? ¿Han tenido ustedes algún disgusto?

—No, tía; pero no es decoroso que yo le busque, cuando él se muestra conmigo desdeñoso y frío.

No insistió la anciana; sospechó, tal vez, que motivos muy justos me obligaban á no visitar á mi amigo, y se limitó á decirme:

—Bueno; harás lo que quieras. . . . pero no dejes de ir á la casa de don Crisanto; no dejes de ver á don Román. . . .

—Iré, iré de mil amores!

El Doctor no estaba en su casa. Le encontré en la calle, cerca de la Parroquia, y hablamos largamente.

—¿Te vas mañana? Me alegro; es preciso que salgas de aquí. Comprendo lo que ha pasado; todo lo sé; en la botica me lo dijeron todo. Yo hablaré con Castro y le diré cuántas son cinco. Nada de eso me ha causado extrañeza; me lo esperaba yo. Por eso te recomendé que no dijeras nada, y te dije: «¡Chitón!» Así es Castro Pérez. Se le ha metido en la cabeza que el Sr. Fernández le quita todos los escribientes, cuando el buen señor es incapaz de semejante cosa. Además, quiere que le sirvan de balde, y no paga debidamente á quienes le sirven. No te apenes: esa murmuración es aquí común y corriente, y nadie pára mientes en ella. . . .

—Sí; pero temo que el Sr. Fernández desconfie de su nuevo empleado. . . .

—Tienes razón. ¡Calma, muchacho, calma! A fin de semana estaré en la hacienda; iré á ver al niño, á ese pobre chiquillo que está muy delicado, y entonces, delante de ti, arreglaremos eso. Nada tengo que decirte. Visitaré á tus tías, cuidaré de ellas. . . . Puedes irte tranquilo. ¡Verás qué bien te va. . . .! ¡Adiós, muchacho; dame un abrazo, y que Dios te bendiga!

Don Román me recibió cariñosamente, como de costumbre:

—¡Gracias á Dios! Me duele en el alma que te vayas; pero ¿no es cierto que de cuando en cuando vendrás á visitarme? Eres mi único amigo. ¿Quién me hubiera dicho que tú, el chiquitín que yo conocí de este tamaño, que cabía en un azafate, sería mi amigo? Ya sabes cuánto te quiero, y cuánto te estimo, y los buenos ratos que pasamos aquí, charlando de mis cosas y de las tuyas; de mis tristezas mortales y de tus alegres esperanzas; de tus penas de niño y de mis desengaños de viejo... Sí, me apena que te vayas. Ya me acostumbré á verte por aquí.... Oye: ¿se me olvidaba! ¿Quiéres tomar chocolate? ¡Con franqueza!.... Si quieres.... llamaré á María para que te haga el chocolatito. ¿No? Pues tú te la pierdes. Ven á visitarme, aunque sea de cuando en cuando, y un ratito, para que no digan las tías que te alejo de allá. Sí, ven; mira que el mejor día sabrás que me dió un supiritaco y estoy de muerte, ó enterrado, y que no volverás á ver á tu maestro. Tú no quieres creer que ya estoy viejo. Pues, hijo mío, nada más cierto! Las piernas están más débiles cada día; la cabeza no anda de lo mejor.... ¡Ya es tiempo! ¡A mi edad todo es decadencia!

El pobre anciano me dirigía miradas tristísi-

mas, tenía húmedos los ojos, y le temblaba la voz. Traté de consolarle, y él me interrumpió:

—¡Tú que has de decir! Me quieres, me amas, me respetas, y deseas consolarme. ¡Gracias, hijo mío! ¡Gracias! ¡Resígnate con la voluntad de Dios! Él vela por sus criaturas. Recibe humildemente cuanto él te mande; mira que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios. El hombre no puede explicarse por qué padece y llora; pero no hay mal que por bien no venga. El Sr. Fernández es muy fina persona.... Sirvele con empeño, procura agradarle.... Estoy seguro de que sabrá estimar tus buenas cualidades. Me alegro, me alegro de que te vayas! He observado que el amor á las letras, que es en tí tan vivo y constante, como lo fué siempre en este pobre viejo, suele quitar á las gentes el sentido práctico. Los literatos no entienden sino de libros, de su arte, y no sirven para otra cosa. Déjate un poco de versos y libros, y aplicate al trabajo. Serás más feliz que yo.

Don Román me abrazaba, y me acariciaba la frente, apesarado y conmovido.

—¿Cuándo te vas? ¿Mañana? No podré ir á decirte adiós... ¿Te vas á caballo? ¡Cuidado, niño! Mira que esos animalitos hacen de las su-

vas el mejor día. Pero, en fin, si sales tan jinete como tu padre, no hay que temer por ti....

Cuando llegué á mi casa, á eso de las siete, me entregaron una carta del Sr. Fernández:

«Mañana,—decía—á las seis en punto irá por vd. mi caballerango. Si trae vd. algún bulto mándelo á mi casa, para que á medio día se lo traigan los arrieros.»

Andrés estaba en la sala con mis tías. Al verme exclamó:

—¡Aquí está el campirano! Ya lo verán ustedes mañana, qué plantadote, con el sombrero charro y el pantalón ceñido!

Y me tomó del brazo y me llevó á mi cuarto.

—¡Vaya! Aquí está todo. Me parece que todo está bueno. Mira: qué bonito salió el pantalón! La chaqueta y el chaleco no pueden ser mejores... El sombrero... Vamos, ¿qué dices del sombrero? Está decentito. Tú lo quisieras galoneadote.... Ya lo comprarás así. Ahora toma.... Mi manga de hule.... Las gentes de campo la necesitan mucho. Este joronguito es para que te lo pongas cuando haga frío... Es fino, de muy buena clase. ¿Te gusta? Te lo regalo.... Para tí lo compré hace mucho tiempo, cuando eras catrín, y por eso no te lo dí. Aho-

ra te servirá. Te falta una pistola.... pero tus tías no quieren que andes armado. Aquí la traigo; escóndela, y mira lo que haces mañana para que no te la vean. La pistola es necesaria.... causa respetillo, y á un hombre armado no se le atreve cualquiera. Allá con los mozos no estará de sobra; que te la vean, para que no te falten al respeto! Hay gente mala.... eres muy muchacho, y bueno es que sepan que tienes esto para defenderte! Ponte la ropa; vistete de charro; quiero verte, porque mañana no podré venir....

Quise darle gusto, y procedí á mudar de vestido. Andrés me ayudó. Pronto estuve listo. Zapato vaquerizo; ceñido y bien cortado pantalón; chaquetilla gentil; sombrero bien ladeado, y joronguillo al hombro.

—¡Buena facha! ¡Eso es! ¡Bien plantado! Pero.... ¡Ven, para que te vean tus tías!

Echóme el brazo y me condujo hacia la sala. Al entrar exclamó:

—¡Aquí está el hombre! Vamos á ver.... ¿qué le falta?

Tía Pepilla sonreía regocijada. La enferma me veía apenada y triste.